

Rumbo a la derecha, los militares dejan de lado el tono progresista de sus comunicados

Las pujas que se producen en las Fuerzas Armadas entre la oficialidad joven, de supuesta tendencia peruanista, y los generales de orientación anti-comunista, culminan cuando Bordaberry fortalece a estos últimos, en su intento de concentrar todos los fuegos en la lucha contra la izquierda. Esta puja interna del partido militar, del que el presidente es la figura civil, es analizada por Sanguinetti en su

entrega de hoy. Esta serie, escrita originariamente para **La Opinión**, es distribuida internacionalmente por la agencia **Latin** y se publica simultáneamente en **El Nacional**, de Caracas, y **Excelsior**, de México. La censura brasileña revocó una previa disposición que impedía su publicación en **O Estado de Sao Paulo**, por lo cual ese diario ha comenzado también a editarla.

Escribe Julio María Sanguinetti

Se hablaba, por entonces, y se ha seguido hablando, de un grupo "peruanista" que dentro de las Fuerzas Armadas alentaba un profundo cambio de estructuras proclive al socialismo. Se sindicaba como núcleo de ese movimiento, a los oficiales jóvenes que habían tenido mayor contacto con los tupamaros y como posibles orientadores, al coronel Ramón Trabal, un joven oficial de caballería, experto en guerra psicológica, que ocupaba desde hacía tiempo la dirección de los servicios de inteligencia militar. Detrás de todos los movimientos políticos, aparecía siempre su mano y la intimidad con el jefe de Estado Mayor Conjunto, general Gregorio Alvarez, hacia creer a mucha gente en que había allí un grupo capaz de producir ese desvío.

Advertíamos, en el contacto con oficiales, una inquietud política creciente y en aquellos que habían combatido con los tupamaros, aplicando la más dura metodología, un complejo

de culpa que sublimaban en una repentina preocupación por la justicia social. Se apreciaba también un desenfadado de actitud, que sustituía la vieja verticalidad de los mandos por una relación nueva, nacida en medio del combate a la guerrilla, que sustituía grados y salteaba jerarquías.

La inquietud ante este proceso, llegaba también al presidente y alcanzaba a los propios generales de más rígida orientación anticomunista, como Cristi o Zubía. El **Semanario Azul y Blanco** se hará claro portavoz de ella, estableciendo radicalmente que no habrá peruanismo que valga. "Adelante en todo —escribirá—. ¿Se teme acaso la reacción huelguística? ¿Se teme que caiga algún oriental en la pasión del momento? Pues no se tema... en ese juego, el único beneficiario es el comunismo y la corrupción..."

El 23 de marzo es un día clave. Sorpresivamente, un viernes, se prepara un comunicado militar contra el Parla-

mento y los dirigentes políticos. La íntima historia del asunto es que se quería "salir en tiempo" a una interpelación que se pensaba planeear.

El asunto siguió su curso y terminó en un documento de frontal ataque a las "dilaciones, obstruccionismo y otras "maniobras similares" de los sectores políticos, al cumplimiento de las metas del acuerdo de Boisso Lanza, que puso fin a la crisis de febrero. Se atacan los préstamos —normales y tradicionales— realizados a los partidos políticos, las jubilaciones de los legisladores y asuntos de parecida índole. Un pasaje, un poco extraño del documento, se refiere a un paro laboral que se iba a realizar y que los comandantes lo consideran como un homenaje, que, rechazan, reclamando en cambio que se realice una jornada de trabajo en un día no laboral. Nadie entendió bien esa parte.

¿Qué había pasado tras bambalinas? El documento había sido llevado a última hora al ministro de Defensa por los comandantes y por todos, más tarde, al presidente. En él aparecían una serie de apreciaciones francamente conciliatorias para la principal central obrera (CNT) con dirección de predominio comunista, que contrastaban con el violento ataque a los partidos políticos mayoritarios. El presidente se alarmó y propuso una serie de correcciones. Los propios comandantes daban la impresión —según supe— de no dominar el texto, que les había sido entregado a última hora.

Es en ese momento, en que, recién, el presidente comienza a luchar internamente dentro del Ejército, procurando fortalecer los mandos tradicionales, considerados rigidamente anticomunistas. En la víspera del paro —que se realiza igual— hace una alocución violentamente dirigida contra la CNT; a la vez, dirige una carta pública, durísima, al líder opositor Ferreira Aldunate, acusándolo de servir los intereses de la "conspiración bolchevique tupamara". Me entero de que ha enviado al general Aguerro ya retirado pero patriarca del viejo grupo derechista del ejército, una copia del texto original del documento, en que aparecían esas referencias, suprimidas, de complacencia

hacia los grupos de izquierda.

En ese momento, el presidente se decide a cambiar de táctica. Ya no procura, como me había dicho a mí en febrero, defender el Parlamento y la continuidad electoral, aun al precio de sacrificar su autoridad. Ahora estima que es preciso erradicar la influencia marxista, aún al precio del Parlamento y de la continuidad electoral. Así se lo dirá, confidencialmente, ya en aquellos días, al vicepresidente de la República, a los comandantes en jefe y a otros allegados. Es una confianza, pero ella trasciende y explica, desde entonces, lo que ocurrirá más tarde.

El presidente, un miembro más del partido militar, tomará entonces la iniciativa y dirigirá todos sus cañones hacia la izquierda, procurando lanzar el poder sindical con ese objetivo. En el fondo, no encontrará una resistencia organizada, pues el presunto brote izquierdista no pasaba de ser un sarampión de oportunismo demagógico, que procuraba desmovilizar el poder sindical con trolado por el comunismo. Los generales Cristi y Zubía, comenzarán ahora, a hacer sentir su presencia y alinear al ejército en esa orientación.

No ha nacido una doctrina. Ni la encontrará más tarde. Sólo instintivamente se ha tomado un rumbo.

Próxima entrega:
"Un golpe frío"
Copyright La Opinión, 1973

"Quien quiera reformar la antigua organización de un Estado libre, conserve al menos la sombra de las antiguas instituciones". Nicolás Maquiavelo.

Durante la crisis de febrero, la gran duda que persistió, como cenizas después del fuego, fue la de la real doctrina de las Fuerzas Armadas uruguayas. Más allá del inequívoco objetivo de sustituir a los partidos políticos en el poder, más allá de la obvia disputa de autoridad ¿hacia dónde se iba?

Hasta febrero de este año se repetía el clásico sonsonete de la lucha contra la corrupción pública y privada y la debilidad de una política viciosa para enfrentar esa corrosión, que ellos daban como por supuesta y generalizada, exagerando los puntos negros e ignorando distraídamente los otros.

Ese moralismo epidémico connatural a estos movimientos, pareció adquirir en febrero un cierto tinte ideológico, con los comunicados 4 y 7 que definieron objetivos generales de tono progresista, compartibles por cualquier partido que no se reconociera como rancio conservador. Reorganización del servicio exterior, erradicación del desempleo, redistribución de la tierra buscando la máxima producción por hectárea mediante justos mecanismos impositivos... "Las FF.AA. —se dirá— ni se adhieren ni ajustan sus esquemas mentales a ninguna filosofía política partidaria determinada, sino que pretenden adecuar su pensamiento y orientar sus acciones según la concepción propia y original de un Uruguay ideal". Con todo, claramente advirtieron que se debía "evitar la infiltración y captación de adeptos a las doctrinas y filosofías marxistas-leninistas, incompatibles con nuestro tradicional estilo de vida".

Pese a tan tajante definición, la izquierda uruguaya quiso abreviar en la ilusión de un mo-

vimiento militar que la incluyera. En plena crisis de febrero, el diario comunista **El Popular** dirá que "el problema no es el dilema entre poder civil y poder militar; que la divisoria es entre oligarquía y pueblo y que dentro de éste caben indudablemente todos los militares patriotas que estén con la causa del pueblo".

"Los comunicados 4 y 7 han abierto una esperanza" dirá el senador demócrata-cristiano Terra. "Más que nunca, adelante obreros, estudiantes y militares", afirmará el senador Reyes Daglio, comunista.

Se insiste en creer que los puntos progresistas de los comunicados militares bastan y que las instituciones son una cáscara vacía. Solitariamente, desde **Marcha**, Carlos Quijano será la única voz de la izquierda que con claridad dirá que "si el poder civil se ve amenazado por el militar, hay que respaldar al poder civil", que "una Constitución mala es preferible a la ausencia de Constitución" y que "la oposición, incluidas las fuerzas de izquierda, no sacrifique el deber a la prudencia".